

Lucas había dejado de discutir, cansado de chocar con aquella intransigencia de sectario, de católico á contrapelo, que había decretado el dogma del progreso, del que no quería salir. Así que, no hizo más que responder tranquilamente:

—Sí, creemos que es necesario dar atractivo al trabajo, cambiar los estudios clásicos en continuas lecciones de cosas; y nuestro objeto es formar, ante todo, voluntades, hombres!

Al oír esto, gritó Hermeline:

—¡Muy bien! ¿Y sabéis lo que haréis con eso? Rebeldes, vagos, perdidos. No hay más que un medio de dar al Estado ciudadanos, y es fabricarlos expreso para él, tal como los necesita para ser fuerte y glorioso. De ahí la necesidad de una instrucción disciplinada, idéntica, que le prepare al país, siguiendo programas que se reconozcan como los mejores, los obreros, los hombres de profesión, los funcionarios que necesita. Fuera de la autoridad, no hay seguridad posible... Yo soy hombre bien probado, republicano de la víspera, librepensador y ateo. Supongo que á nadie se le ocurrirá ver en mí un espíritu retrógrado; y sin embargo, vuestra instrucción y educación libertarias, como se dice, me sacan de mis casillas, porque con ellas, antes de medio siglo, no habrá ciudadanos, ni soldados, ni *nacionales*... Sí, con vuestros hombres libres, os desafío á que hagáis soldados. ¿Y cómo se defendería la patria en caso de guerra?

—Sin duda, en caso de guerra, habría que defenderla, —dijo Lucas tranquilo.—Pero algún día, ¿á qué vendrán los soldados, si no habrá que batirse? Habla usted como el capitán Jollivet en el *Diario de Beauclair*, cuando nos acusa de hombres sin patria y de traidores.

Esta ironía, poco maliciosa, acabó de exasperar á Hermeline.

—El capitán Jollivet es un imbécil á quién yo desprecio... Pero no es menos cierto que nos preparáis una gene-

ración desordenada, en rebeldía contra el Estado y que llevaría seguramente la República á las peores catástrofes.

—Toda la libertad, toda la verdad, toda la justicia, son catástrofes, —dijo Lucas sonriendo.

Pero Hermeline continuaba, trazando un cuadro espantoso de la sociedad de mañana; si las escuelas dejaban de instruir á todos los ciudadanos del mismo modo, todos fabricados para el servicio de su república autoritaria y centralizadora, no más disciplina política, ni administración posible, ni Estado soberano; la licencia desordenada llegaría al peor desenfreno físico y moral. Y de repente, el cura, Marle, que oía aprobando con la cabeza, no pudo resistir más al deseo de exclamar:

—¡Ah! ¡qué razón tiene usted, y qué bien dicho está todo eso!

Su rostro carilleno, de facciones regulares, de nariz aguileña, se mostraba radiante oyendo aquel ataque furioso contra la sociedad naciente, en la que sentía á su Dios condenado, cerca ya de no ser más que el ídolo de una religión muerta. El mismo, en sus pláticas de cada domingo, hacía iguales acusaciones, profetizaba iguales desastres. Pero apenas se le oía, el templo se le quedaba de día en día vacío, y esto le causaba un gran dolor, que escondía, encerrándose más y más, por todo consuelo, en su estrecha doctrina. Nunca se había aferrado más á la letra ni tratado con más severidad á sus penitentes, como si quisiera que aquel mundo burgués, cuya podredumbre cubría con el manto de la religión, se lo tragase, al menos, la tierra en actitud bizarra. El día que su iglesia se desplomase, estaría en el altar, y acabaría bajo los escombros su última misa.

—Sí, es muy cierto; el reinado de Satán está cerca; esas jóvenes y esos muchachos educados en común, todas las malas pasiones desencadenadas, la autoridad destruida, el reino de Dios puesto sobre la tierra, como en tiempo de

los paganos... El cuadro que acaba usted de presentar es tan exacto, que nada más fuerte podría yo añadir.

No le gustó al maestro verse tan alabado por el clérigo, con el cual nunca estaba conforme, y se calló de repente mirando á lo lejos, á las praderas del parque, como si nada oyese.

—Pero hay algo,—prosiguió el cura,—que aun puedo perdonar menos que esa instrucción desmoralizadora que se da aquí en vuestras escuelas; y es el que hayáis puesto á Dios á la puerta de la calle; que hayáis olvidado con toda intención edificar una iglesia en medio de vuestra nueva ciudad, entre tantas construcciones bellas y útiles... ¿Es que pretendéis vivir sin Dios? Hasta hoy ningún Estado ha podido prescindir de El; una religión siempre ha sido necesaria para gobernar á los hombres.

—Yo no pretendo nada,—respondió Lucas.—Cada cual es libre en su fe, y si no se ha construido una iglesia, es que ninguno de nosotros hasta ahora la ha necesitado. Pero se puede edificar una en el caso de que se encuentren fieles para llenarla. Siempre será lícito á un grupo de ciudadanos reunirse para darse el gusto de hacer lo que quieran. En cuanto á la necesidad de una religión, es, en efecto, muy real cuando se quiere gobernar á los hombres. Pero nosotros no queremos gobernarlos, sino que vivan libres en la ciudad libre... Usted lo ve, señor cura; no somos nosotros quien destruye el catolicismo; se destruye él mismo, se muere lentamente, de muerte natural, como se mueren sucesivamente las religiones después de haber cumplido su misión histórica, en la hora señalada por la evolución humana. La ciencia destruye uno á uno todos los dogmas; la religión de la humanidad ha nacido y va á conquistar el mundo. ¿Para qué una iglesia católica en la Crèche, si la de usted es ya demasiado grande para Beauclair; y se le va quedando desierta, y el mejor día se le hunde?

Muy pálido el clérigo, no comprendió, no quiso com-

prender. Se contentó con repetir, con la terquedad del creyente que pone su fuerza en la afirmación, sin razones ni pruebas:

—Si Dios no está con ustedes, la derrota es segura. Créame, edifiquen una iglesia.

Hermeline no pudo contenerse más. Los elogios del sacerdote le sofocaban, sobre todo con esta consecuencia de la necesidad de una religión. Y gritó:

—¡Ah, no; ah, no, señor cura; nada de iglesia! No oculto, verdad es, que las cosas aquí no se organizan á mi gusto. Pero, si algo apruebo, es el abandono de todo culto oficial... Gobernar á los hombres, sí; pero no han de ser los curas desde las iglesias, sino nosotros, los ciudadanos, desde los ayuntamientos. De las iglesias se harán graneros públicos, granjas para las cosechas.

El cura se incomodó, dijo que en su presencia no toleraría palabras sacrilegas y la disputa se agrió tanto, que el doctor Novarre tuvo que intervenir como de costumbre. Hasta entonces había oído tranquilo con aire inteligente, ojos vivos como hombre muy amable y un poco escéptico á quien no turbaban palabras más ó menos por fuertes que fueran. Pero creyó notar que Scurette empezaba á disgustarse.

—Vaya, vaya, si casi están ustedes de acuerdo, pues ambos utilizan las iglesias. El cura siempre podrá decir misa en ellas, dejando un rincón para los frutos de la tierra los años de mucha abundancia... Dios bondadoso, de cualquiera religión que sea, no se opondría.

Después habló de una rosa nueva muy blanca, muy pura, pintada de carmín en medio de su corola. Había traído un ramo de ellas y Scurette las miraba, en un vaso sobre la mesa, sonriendo de nuevo al encanto florido y perfumado, pero todavía como cansada de la pena que le causaba la virulencia que tomaban las disputas en sus almuerzos de los martes. Acabarian por no poder reunirse.

Hasta entonces no salió Jordan de sus cavilaciones. No

había dejado de parecer atento, como si oyera lo que se decía. Pero con una frase demostró cuán lejos estaba su espíritu.

—Sabrán ustedes que en América un sabio electricista acaba de almacenar bastante calor solar para producir electricidad.

Cuando Lucas quedó solo con los Jordan, callaron mucho rato; la idea de los pobres hombres que se desgarraban, se abrumaban unos á otros persiguiendo ciegos el bien, le oprimía el corazón. A la larga, al ver con qué trabajo se buscaba el bien común entre las rebeldías de los mismos á quienes se quería salvar, sentía á veces desalientos que no confesaba todavía, pero que le fatigaban miembros y espíritu como el cansancio de los grandes esfuerzos inútiles. Por un instante su voluntad zozobraba próxima á sumergirse.

Aquel día volvió á su exclamación de congoja sentimental.

—Pero si es que no aman. Si amasen todo se fecundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol!

Algunos días después, una mañana de otoño, muy temprano, Scurette recibió en medio del corazón un golpe horrible, cuyo dolor inesperado le causó profunda angustia. Madrugaba mucho y solía ir á dar órdenes á una vquería que había hecho instalar para los niños de su asilo; y aquel día tuvo la idea, según caminaba á lo largo de la pared, en forma de terraza, que terminaba en el pabellón ocupado por Lucas, de echar una ojeada al camino de Combettes que dominaba la terraza. Y en aquel momento la puerta del pabellón que daba al camino se entreabrió apenas y vió salir con cautela una mujer, una sombra ligera de mujer que se desvaneció casi al punto en la rosada niebla de la mañana. Pero la había reconocido; tan delicada, tan esbelta, de penetrante encanto, como una visión de infinita ternura huyendo en plena claridad. Era Josina

que salía de casa de Lucas, y para salir así, con el sol, tenía que haber pasado dentro la noche.

Desde que Ragú había dejado la Crecherie, Josina había vuelto así varias veces al lado de Lucas, las noches que estaba libre. Esta vez había venido á decirle que no volvería, por el temor de ser sorprendida, porque había vecinas que espiaban sus escapatorias. Además, la idea de mentir, de ocultarse, para ser de su dios, acababa por ser tan penosa que prefería esperar la hora en que pudiera declarar su amor á la luz del sol. Lucas, que había comprendido, se había resignado. Pero ¡qué noche de caricias, cortadas por la desesperación, y qué triste despedida á la primera luz del alba! Con besos sin fin, volvían el uno al otro; y habían cambiado tantos juramentos, que ya era día claro cuando había podido arrancarse á sus brazos. Y no más los vapores matinales habían velado un poco su partida.

¡Josina pasando la noche con Lucas, dejándole al salir el sol! Esta brusca revelación retumbaba dentro de Scurette como un ruido de mortal catástrofe. Se había detenido de repente, clavada en el sitio, como si la tierra se hubiera abierto ante sus pasos. Estaba tan trastornada, tal ruido de tempestad se le subía al cerebro, que todo en ella era confusión, sin una sensación clara, sin un razonamiento posible. No siguió su camino, olvidó que iba á la vquería á dar órdenes. De repente, huyó también, se volvió atrás corriendo, entró en casa, subió loca á su cuarto, se arrojó sobre la cama deshecha, tapandose con las manos ojos y oídos, para no ver, para no oír. No lloraba, no sabía por entonces, presa no más de una inmensa desolación mezclada de un espanto sin límites.

¿Por qué sufría así con toda el alma desgarrada? No se había creído más que amiga muy cariñosa de Lucas, discípula y ayudante suya, consagrada con ardor á la empresa de justicia y bien humano por él imaginada. A su lado no creía gozar más que la deliciosa dulzura de una fraternidad de alma sin haber sentido jamás todavía 'el roce de

otro escalofrío. Y ahora se sentía abrasada, sacudida por ardiente fiebre, porque la imagen de aquella otra mujer que pasaba allí la noche, que salía al amanecer, era evocación en adelante necesaria, con tiranía abominable.

¿Amaba, pues, á Lucas, le deseaba? y lo echaba de ver el día en que la desgracia estaba consumada, cuando era ya muy tarde para hacerse amar. Sí, aquello era el desastre, saber tan duramente que ella amaba también, cuando otra había ocupado el lugar, lanzándola del corazón donde acaso hubiera podido reinar adorada y todopoderosa. Lo demás desaparecía. No importaba como había nacido su amor, había crecido, y por qué lo había ignorado, inocente aun á los treinta años, feliz del todo hasta entonces con una dulce intimidad, con el aguijón de un deseo de posesión más estrecha. Lloró por fin, sollozó pensando en la brutalidad del hecho cumplido, en el brusco obstáculo que se levantaba entre ella y el hombre á quien se había dado toda, sin saberlo. Ya no había más que esto: ¿qué iba á hacer, cómo iba á hacerse amar? porque le parecía imposible no ser amada ya que amaba ella, y nunca dejaría de amar. Ahora que conocía su amor le quemaba el corazón; no podría vivir si el amor correspondido no la aplacaba como fresco bálsamo. Todo eran confusiones, luchaba con pensamientos indecisos, obscura la voluntad, como mujer ya madura, inocente aún, lanzada de repente en las torturas reales de la vida. Así estuvo martirizándose mucho tiempo, hundido el rostro en la almohada. Ya estaba alto el sol, la mañana avanzaba sin que ella encontrase una solución práctica en su emoción creciente. Siempre volvía la pregunta, que era obsesión: ¿qué iba á hacer para decir que amaba, para ser amada? De pronto se acordó de su hermano; en él debía confiar, á él confesarse, pues que él solo en el mundo la conocía y sabía que su corazón no había mentido jamás. Era un hombre, la comprendería de seguro, la enseñaría lo que se hace cuando se tiene necesidad de ser feliz. En seguida, sin pensar más, saltó del le-

cho y bajó al laboratorio como una niña que ha encontrado la solución de una gran pena.

Jordan, aquella mañana acababa de sufrir un descalabro desastroso. Hacia meses que había creído encontrado el modo de transportar la fuerza eléctrica en condiciones perfectas de seguridad y de economía. Quemaba el carbón al salir del pozo, conducía la electricidad sin desperdiciar nada, lo cual bajaba el precio de fábrica de manera considerable. El problema le había costado cuatro años de investigaciones entre el dolor de los achaques de su cuerpo enfermizo; utilizaba lo mejor que podía la escasa salud, durmiendo mucho, envuelto en sus mantas y ocupando con método las raras horas que conquistaba así á la naturaleza madrastra. Y llegaba, sacando el mejor partido posible del instrumento ingrato que tenía en su miserable cuerpo, á conseguir la formidable tarea cumplida. Se le ocultaba la crisis alarmante que atravesaba la Crecherie, para no turbarle. Creía que todo marchaba bien, y era además incapaz de notar tales cosas ni atender á ellas, encerrado siempre en su laboratorio, todo para su trabajo, lo único que existía en el mundo. Y aquella misma mañana se había puesto á trabajar temprano, sintiéndose con la inteligencia despejada y queriendo aprovecharla en el último experimento. Y este había fracasado por completo; tropezaba con un obstáculo imprevisto, error de cálculo, detalle despreciado que adquiriría de pronto una importancia destructiva, que retrasaba indefinidamente la tan buscada solución de sus hornos eléctricos.

Era toda una ruina; ¡cuánto trabajo improductivo todavía; todavía cuánto trabajo necesario! En medio de la ancha sala, como desolado, se había vuelto á envolver en sus mantas para tenderse en la butaca en que pasaba tantas horas, cuando su hermana entró. La vió tan pálida, tan alterada, que se alarmó vivamente, él que había asistido al fracaso de su experimento con la frente tranquila, como hombre á quien nada desalienta.

—¿Qué tienes, querida mía? ¿Te sientes mal?

La confianza no le costó trabajo. Dijo sin vacilar, como pobre niña cuyo corazón se abría en un suspiro:

—Tengo, hermano mío, que amo á Lucas y que él no me ama. Soy muy desgraciada.

Y en tono sencillo y candoroso, contó toda la aventura: de donde había visto salir á Josina, el dolor que esto la había causado; y que corría al lado de Jordan porque necesitaba que la consolase, que la curase. Quería á Lucas, y Lucas no la quería.

Jordan la oía con estupor, como si le hablase de un cataclismo extraordinario é inesperado.

—¡Que amas á Lucas, que amas á Lucas!

—¿El amor, á qué el amor? El amor en esta hermana adorada que siempre había visto junto á sí como un otro yo, le asombraba. Jamás había pensado que pudiera amar y sufrir por ello. Era una necesidad que ignoraba, un mundo en que no había entrado nunca. Estaba perplejo, no sabía qué hacer, inocente también y de una ignorancia total en esta materia.

—¡Oh, dime, hermano, por qué Lucas ama á Josina, por qué no es á mí á quien ama!

Sollozaba abrazada á su cuello, la cabeza sobre su hombro en una desolación que le desesperaba. ¿Pero qué decirle para enterarla, para consolarla?

—Yo no sé, hermana mía, yo no sé. Sin duda la quiere, porque la quiere. No debe de haber otra razón... Te querría á tí si te hubiese querido primero.

Y aquello era. Lucas amaba á Josina porque era la enamorada, la mujer del encanto y la pasión encontrada en la pena y despertando todas las ternuras del corazón, y además tenía la hermosura, el divino temblor del deseo, traía la carne voluptuosa y fecunda, por la cual el mundo se eterniza.

—Pero, hermano, á mí me conoció antes, ¿por qué no me quiso primero?

Jordan, á quien estas preguntas confundían más y más, buscaba conmovido y encontraba respuestas delicadas y buenas, en su candor.

—Acaso sea porque ha vivido aquí como amigo, como hermano. Se ha hecho hermano tuyo.

La miraba, y ya no se lo decía todo, viéndola semejante á él, tan menuda, tan débil, de rostro insignificante. Era muy pálida para ser el amor; siempre vestida de negro, de aspecto amable, muy suave, muy bondadoso, pero tan triste, como todas las silenciosas y las abnegadas. Seguramente nunca había sido para Lucas más que una mujer inteligente, benéfica, feliz.

—Ya comprendes, querida hermana, que si ha llegado á ser para tí un hermano como yo, no puede quererte como quiere á Josina. No se le ha ocurrido. Pero de todos modos, te quiere mucho, te quiere más, te quiere tanto como yo te quiero.

Esto sublevó á Scurette. Se rebeló todo su pobre sér enamorado, y tuvo que vociferar el desastre de su amor en medio de redoblados sollozos.

—¡No, no! no me quiere más, no me quiere nada. No es amar á una mujer quererla como hermano, cuando yo sufro lo que sufro al verle perdido para mí. Si hace un momento todavía nada sabía de estas cosas, las adivino ahora que me siento morir.

Conmovido como ella, Jordan contenía las lágrimas que le subían á los ojos.

—Hermana mía, hermana mía, mira que me haces sufrir infinito; no es razonable acongojarte así hasta ponerte mala. No te reconozco; tú tan tranquila, tan razonable, que tan bien comprendes la firmeza de alma que se ha de oponer á las miserias de la vida.

Quiso convencerla.

—Vamos á ver; ¿tienes alguna queja de Lucas?

—¡Oh, no, ninguna! Sé que me aprecia mucho, somos muy amigos.

—Entonces, ¿qué quieres? Te quiere como te puede querer. Haces mal en enfadarte con él.

—¡Pero si yo no me enfado! Yo no tengo odio á nadie; sólo tengo pena.

Volvieron los sollozos, nueva ola de angustia la sumergió, haciéndola gritar:

—¿Por qué no me quiere, por qué no me quiere?

—Si no te ama de amor como tú quisieras, es que no te conoce bastante. No, no te conoce como yo te conozco, no sabe que eres la mejor, la más amable, la más abnegada, la más amante. Tú hubieras sido la compañera, el apoyo, la que facilita y suaviza la vida. Pero ha vencido la otra con su belleza; y mucha fuerza hay en esto, cuando la ha seguido, sin verte á tí, que, sin embargo, ya le amabas... Tienes que resignarte.

La había cogido en brazos; la besaba el cabello. Pero ella seguía luchando.

—¡No, no! ¡No puedo!

—Si, ya te resignarás, eres muy buena, muy inteligente para no resignarte... Llegarás á olvidar.

—¡Oh, no, no! ¡Nunca!

—No he dicho bien; no te pido que olvides; guarda ese recuerdo en tu corazón, sólo tú sufrirás con él... Pero te pido resignación, porque sé que siempre la has tenido, que eres capaz de ella, hasta poder renunciar, hasta el sacrificio... Piensa en todas las desgracias que vendrían si te rebelaras, si hablastes. Destrozarías nuestra vida, en ruinas quedarían nuestras empresas; padecerías mil veces más.

—Bueno,—le interrumpió temblorosa,—pues que se rompa todo, que se arruine. Al menos me desahogaré. Mal haces, hermano, hablándome así. Eres egoísta.

—¡Egoísta, cuando sólo pienso en tí, hermanilla adorada! En este momento el dolor exaspera tu carácter, tan bueno. ¡Qué remordimiento el tuyo, si te dejara destruirlo todo! Mañana no podrías vivir entre los escombros amonto-

nados... Pobre corazoncito, ya te resignarás. De abnegación y de cariño, se hará la dicha para tí.

Les ahogaban las lágrimas. Mezclaban sus sollozos. Enternecía aquel amor fraternal, aquella lucha entre dos seres tan amantes, tan candorosos.

Y él, repetía, en tono de inmensa lástima, con infinito cariño:

—Ya te resignarás, ya te resignarás.

Protestaba ella todavía, pero iba entregándose; ya no tenía más que un quejido de pobre víctima lastimada, cuyo dolor se quiere adormecer.

—¡Oh, no! no quiero sufrir... No puedo, no me resigno.

Aquel día almorzaba Lucas con los Jordan, y cuando, á las once y media, se presentó, todavía los encontró conmovidos, los ojos llorosos. Pero él también padecía tanto, que no lo echó de ver. La necesaria despedida de Josina, le desesperaba. Era como si le arrancaran la postrer energía el llevarle su amor, que creía necesario para su misión. Si no salvaba á Josina, jamás salvaría al pueblo miserable á quien había dado su corazón.

En cuanto se levantó, todos los obstáculos que le estorbaban se le presentaron, invencibles. Había visto, en negra visión, la Crecherie perdida, hasta el punto de parecerle locura soñar en salvarla. Allí se devoraban los hombres, no había podido establecer la fraternidad entre ellos; todas las fatalidades humanas se encarnizaban contra su empresa. Y, de repente, había perdido la fe, presa de la más terrible crisis de desaliento que hasta entonces había sufrido. El héroe, en él, vacilaba, agravando el mal, próximo á renunciar á su empeño ante el temor de la cercana derrota.

Sœurette, notando su turbación, tuvo la divina ternura de inquietarse por ella.

—¿Se siente usted mal, amigo mío?

—Sí, no me siento muy bien; he pasado una mañana

atroz... Desde que me he levantado, cada noticia una desgracia.

No insistió ella; le miraba con ansiedad preguntándose cual podría ser su dolor, si amaba y era amado. Para ocultar un poco su propia emoción, se había acercado á su mesa de trabajo fingiendo tomar notas para su hermano, el cual había vuelto á echarse en su butaca, fatigado.

—Entonces, mi querido Lucas,—dijo Jordán,—allá nos vamos todos; pues si yo me levante bastante fuerte, he tenido también tales contratiempos, que estoy en tierra.

Lucas se paseó un momento, sombrío el rostro, sin decir una palabra. Iba y venía deteniéndose á veces delante de la alta ventana mirando á la Crecherie, á la ciudad naciente. Después no pudo contener el flujo de su desesperación, y habló.

—Amigo mío, ya es necesario que hablemos... No se le ha querido turbar en sus investigaciones, y se le ha ocultado que en la Crecherie nuestros negocios van muy mal. Los obreros nos dejan; todo es rebeldía y desunión entre ellos, por causa de las eternas discordias del egoísmo y del odio. Beauclair entero se subleva, los comerciantes, los mismos trabajadores, cuyos hábitos alteramos, nos hacen tan penosa la vida, que nuestra situación cada día es más alarmante... En fin, yo no sé si las cosas me parecen hoy demasiado sombrías, pero ya no veo esperanza. Creo que estamos perdidos, y no puedo ocultar á usted más tiempo la catástrofe á que vamos.

Jordán le oía con asombro, pero muy tranquilo, y hasta sonrió ligeramente.

—¿No exagera usted un poco, amigo mío?

—Supongamos que exagero, que la ruina no es para mañana... Aun así, no me creería un hombre honrado, si no le advirtiera que temo una ruina próxima. Cuando le pedí á usted terreno, dinero para la empresa de salvación social que soñaba, ¿no le prometí, además de una grande y hermosa acción, digna de usted, un buen negocio? Pues

le he engañado, su fortuna se va á sepultar en la mayor derrota. ¿Cómo quiere usted que no me acosen terribles remordimientos?

Con un ademán, Jordán había intentado interrumpirle, como para decir que el dinero no importaba. Pero Lucas continuó:

—Y no son únicamente las considerables sumas ya perdidas, sino las que se necesitan cada día para prolongar la lucha. Yo no me atrevo á pedirselas á usted, pues si yo puedo sacrificarme por completo, no tengo el derecho de arrastrarles en mi caída á usted y á su hermana.

Se dejó caer en una silla, con las piernas como rotas, abatido, mientras Scurette, muy pálida, sentada aún delante de su mesa siempre, mirándolos, oía con emoción profunda.

—Verdaderamente las cosas van muy mal,—replicó Jordán con voz tranquila.—Y sin embargo, la idea de usted era muy buena, y había usted acabado por convencerme... Yo no se lo había ocultado; no me mezclaba en esas tentativas políticas y sociales, convencido de que sólo la ciencia es revolucionaria y que sólo ella acabará la evolución de mañana llevando al hombre á toda verdad y á toda justicia... ¡Pero era tan hermosa vuestra solidaridad! Desde esta ventana, después de mis horas buenas de trabajo, miraba yo con interés brotar vuestra ciudad. Me divertía, y decíame que para ella trabajaba yo también y que algún día sería su gran fuerza la electricidad, la obrera activa y bienhechora... ¿Habrá que renunciar á todo eso?

Lucas, entonces, dejó escapar este grito de cansancio supremo:

—Se me acabó la energía, no siento en mí ningún valor, toda mi fe se ha ido. Todo se acabó; vengo á decirles que lo abandono todo antes que exigirles un nuevo sacrificio... Porque vamos, amigo mío, el dinero que aun necesitaríamos, ¿se atrevería usted á dármelo ni tendría yo la audacia de pedirselo?

Y jamás grito de desesperación más desgarrador salió del pecho de un hombre. Era la hora mala, la hora negra que conocen bien todos los heroes, todos los apóstoles, la hora en que la gracia se va, en que la misión se oscurece, en que la empresa parece imposible. Derrota pasajera, cobardía de un momento que causa dolor terrible.

FIN DEL TOMO PRIMERO

l
l
c
s
l
e
p
re
p
q
er
re
q
ro
ha
Er
no
do

